

CLÁSICOS
A MEDIDA

El conde de Montecristo

Alejandro Dumas

Adaptación de Francisca Íñiguez Barrena
Ilustraciones de Iván Mata

ANAYA

Introducción	5
--------------------	---

PRIMERA PARTE

I. Marsella. La llegada del <i>Faraón</i>	13
II. El padre y el hijo	19
III. Los catalanes	23
IV. El complot	27
V. La comida del compromiso	29
VI. El sustituto del procurador del rey	33
VII. El interrogatorio	37
VIII. El castillo de If	43
IX. El ogro de Córcega	47
X. De Noirtier y su hijo	51
XI. El preso furioso y el preso loco	55
XII. El número 34 y el número 27	61
XIII. Un sabio italiano	67
XIV. El cementerio del castillo de If	71
XV. La isla de Montecristo	75
XVI. La posada del puente del Gard	81
XVII. Los registros de las prisiones	89
XVIII. La casa Morrel	93

SEGUNDA PARTE

I. Italia: Haydée	101
II. El Carnaval de Roma	105
III. París. La presentación	109
IV. El crédito ilimitado	113
V. El señor de Villefort	117
VI. En la Ópera	121

VII. La cena	123
VIII. Escena conyugal	127
IX. Baile en el jardín	131
X. La provocación	135
XI. La noche	139
XII. El duelo	143
XIII. La firma Danglars	147
XIV. El peso del castigo	153
XV. El cinco de octubre	159
Apéndice	161

...lién.
...érase, le soleil m'assassine.
...de venir ici en été.
...parti sur un tel coup de tête?
...certains urgences!
...ne de peintre.
...Il n'est pas bon
...un trop long temps.
...bien, puisque je sens
...la vague d'exaltation
...nu chercher.
...dire que je m'offre
...réement. les derniers
...en 4 en attente
...doublé, l'ex
...nta



...chaque a
...chaque
...emport
...une pe
...chaque
...chaque
...fond
...comme
...un bo

...nière d'argile
...phixiales de chaleur
...llages de terre
...rtis de la terre.
...avail d'humain
...imes d'humain
...resser, fessés,
...aux du ciel
...eu du ciel

Introducción

Argumento y personajes

En 1802 había ocurrido en París un suceso que le iba a dar a Dumas la idea de la novela: tres amigos deciden gastarle una broma a un cuarto que está a punto de casarse y lo acusan de ser agente monárquico; el muchacho, que se llamaba Jacques Peuchet, desaparece una noche y ni su padre ni su novia vuelven a saber nada más de él. Al cabo de siete años, cuando Napoleón cae y se restaura la monarquía, salen los presos de la cárcel, entre ellos aquel muchacho, totalmente envejecido y desconocido. En la cárcel había conocido a un viejo clérigo milanés de familia noble que, al morir, le había legado una inmensa fortuna. Vuelve Peuchet y comienza a ejecutar su venganza contra aquellos amigos, uno de los cuales se ha casado con su antigua novia. Dumas tuvo conocimiento de esta historia hacia 1838 y supo aprovecharla como base para *El Conde de Montecristo*, y a esta historia principal añadió otras secundarias bien engarzadas.

El personaje del conde responde a las características propias del Romanticismo:

1) **Individualismo.** Frente a la ley y la norma que regían en el siglo anterior, se exalta ahora la personalidad del individuo y su derecho a la libertad, tanto en el orden político, como en el moral, religioso y artístico. Por ello, en literatura, se eleva a protagonistas a los marginados, incomprendidos y rebeldes.

2) **Sentimentalismo.** El culto a la razón se sustituye por el culto a los sentimientos, que a veces arrastran al individuo a un vibrante entusiasmo y otras, a la desesperación y la melancolía. Esos cambiantes estados de ánimo se proyectan sobre el paisaje que se carga de subjetivismo. En cuanto a la mujer romántica, es a veces una criatura angelical y otras un ser destructivo y malvado.

3) **Idealismo.** La aspiración a unos ideales absolutos (felicidad, amor, justicia, paz...), difícilmente concretables e inaccesibles, provoca en el hombre romántico un choque con la prosaica realidad, que le arrastra al desengaño y a un deseo de huida.

Edmundo Dantés, el protagonista de la novela, se autoproclama instrumento de la mano de Dios para restablecer la justicia, pero, a veces, piensa en volverse atrás y esa duda lo ennoblece como personaje y lo agranda ante los ojos del lector. Envuelto en una aureola de justiciero divino, hace el bien y ayuda a mucha gente y las injusticias que comete son vistas como necesarias en beneficio de la sociedad. Del joven inocente y confiado, alegre, optimista y humano que era al empezar la novela, se convierte en frío y calculador. Cabría preguntarse si no hubiera sido mejor que, una vez rico, se hubiera dedicado a disfrutar del dinero que había conseguido con el tesoro y que se hubiera olvidado de su venganza; pero, entonces, no respondería al personaje ro-

mántico que es: contradictorio, intrigante y vengativo. Dumas debía pensar que el personaje justiciero e implacable era más atractivo a sus lectores que el hombre razonador y reflexivo, así que, sin dudarlo, escogió al primero.

En cuanto al resto de personajes, están divididos en buenos y malos. Todos los que aprecia Dantés son buenos y todos aquellos que le han hecho daño son malos, muy malos. Fernando Mondego, Danglars y Villefort representan muchos rasgos negativos: envidia, traición, falsedad, homicidio, hipocresía, avaricia, cobardía...

El conde de Montecristo. Una novela de éxito

Comenzó a divulgarse por entregas en una publicación periódica, el *Journal des Débats*, entre agosto de 1844 y enero de 1846. La primera edición, en dieciocho volúmenes, apareció también escalonadamente a lo largo de esos dos años y podemos decir que, a pesar de tan extensa historia, hay detalles que el autor no nos explica y que los lectores quizá podrían preguntarse, por ejemplo, ¿cómo teje el conde esa intrincada tela de araña para conseguir en poco más de siete meses vengarse de sus enemigos? Todos los elementos narrativos son imprescindibles, y en ocasiones nos da la impresión de que el relato, especialmente en la parte de la venganza, es como una especie de tablero de ajedrez donde cada pieza tiene su valor y su cometido. Ahora bien, ¿cómo pudo dar Montecristo con cada una de las piezas que tenía que situar en el tablero para ejecutar y terminar la partida? Dumas deja esas preguntas sin responder, en espera de que el lector participe en la obra imaginando esa información. El éxito en su época, y asimismo en

nuestros días, fue enorme y también las ganancias que la obra produjo, tanto en su versión escrita como en su representación dramática.

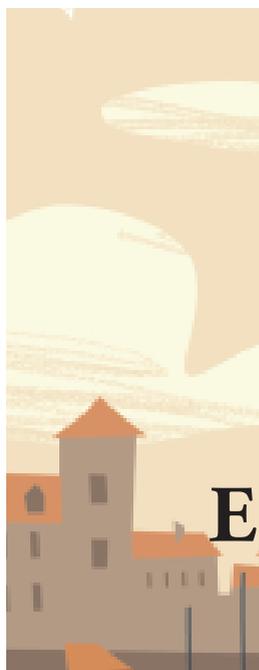
Esta edición

Esta narración de *El Conde de Montecristo* que vamos a leer no es la versión íntegra, sino una síntesis de las principales aventuras y desventuras del personaje. El lector, una vez introducido en ellas, puede optar por conocer la obra entera. Precisamente, la presente colección «Clásicos a medida» pretende eso: ofrecer un primer acercamiento al autor y a la obra y dejar abierta al lector la posibilidad de saber más si ese es su deseo.

Primera parte



Marsella. La llegada del *Faraón*



El día 24 de febrero del año 1815 el vigía de Notre-Dame de la Garde hizo la señal acostumbrada al haber divisado los tres mástiles de un bergantín¹ que se acercaba. Se trataba del *Faraón*, que llegaba a Marsella después de haber realizado un viaje por Esmirna, Trieste y Nápoles. Al momento, el muelle del fuerte de San Juan se llenó de curiosos para ver aquel barco que había sido construido en los astilleros de la ciudad. La embarcación avanzaba con tal desánimo hacia el puerto que los entendidos presagiaron una desgracia. Enseguida, un hombre, impaciente, saltó a un bote y salió al encuentro del bergantín. Era el dueño del navío.

En la plataforma del barco se hallaba un joven en pie, que al ver acercarse al impaciente visitante le salió al encuentro. El muchacho no tendría más de dieciocho o veinte años; de toda

¹ *Bergantín*: Embarcación de vela muy ligera. Generalmente, lleva dos palos o mástiles, donde se sujetan las velas.

su apuesta persona se desprendía ese aire de resolución y serenidad que solo puede hallarse en aquellos seres que desde su infancia están habituados a afrontar el peligro.

—¿Qué hay, Dantés? —preguntó el del bote—. ¿A qué se debe ese aire entristecido que se advierte en todos los hombres de la tripulación?

—Señor Morrel, —repuso el joven muy serio— nuestro valiente capitán ha muerto.

—¿Qué desgracia! ¿Cómo ha pasado, acaso se ha caído al mar? ¿Y el cargamento?

—El capitán ha muerto de una congestión cerebral y el cargamento viene sin novedad y espero que os complazca.

Dichas estas palabras, el joven se volvió hacia la tripulación y gritó:

—¡Todos a sus puestos! ¡Vamos a fondear²!

Dantés fue obedecido de inmediato y el barco fue entrando en el puerto majestuosamente. Mientras tanto, el armador³ se dirigió a él de nuevo.

—¿Cuándo sucedió la desgracia? —preguntó Morrel.

—¡Todo fue tan imprevisto...! En Nápoles estuvo hablando con el capitán del puerto y a partir de ahí se mostró muy agitado y enfermó. Le hicimos los funerales de ordenanza y arrojamos su cuerpo al mar. Traemos su cruz de honor para su viuda. ¡Pobre capitán! Ahora, señor Morrel, vuestro encargado, el señor Danglars, os informará detalladamente sobre el cargamento. Yo debo vigilar las maniobras y dejar el buque anclado.

Dantés se retiró para dejar que Morrel hablara con Danglars. Era este un hombre de unos veinticinco años, excesiva-

² *Fondear*: Echar las anclas de una embarcación para que quede sujeta al fondo del mar.

³ *Armador*: Persona o empresa que prepara y financia un barco para su explotación comercial.



mente obsequioso con sus superiores y altanero hasta la insolencia con sus subordinados. La tripulación aborrecía a tan antipático sujeto y respetaba y quería a Edmundo Dantés, motivo por el cual Danglars lo odiaba.

—¿Sabéis ya la fatal desgracia? —preguntó Danglars al armador Morrel.

—Sí, ¡pobre capitán!... Era honrado y valiente como nadie.

—Y sobre todo un gran marino, que había envejecido entre el cielo y el mar. No creo que el jovenzuelo Dantés pueda sustituirlo, aunque se apoderó del mando del buque sin consultar con nadie y luego nos hizo perder día y medio en la isla de Elba, en vez de poner rumbo a Marsella inmediatamente.

—No creo que sea preciso llegar a viejo para entender su oficio —dijo Morrel observando a Edmundo que daba órdenes a sus hombres—. En cuanto a lo de tomar el mando del buque, no hizo sino cumplir con su deber como segundo. Pero, eso de que perdiera día y medio en Elba... no me parece justificado, a menos que hubiera que reparar alguna avería en el buque.

—¡Oh, nada de averías! —repuso Danglars—. El barco estaba en perfecto estado.

El armador miró a Dantés y le hizo señas de que se acercara.

—Estoy a vuestra disposición, señor Morrel —dijo Dantés, cuando pudo acudir a la llamada, una vez hubo terminado con sus obligaciones y dejado el barco anclado.

—Deseaba preguntaros por qué os habéis detenido en la isla de Elba —dijo Morrel.

—Lo hice por cumplir la última orden del capitán, quien, antes de morir, me entregó una carta para llevársela al mariscal⁴ Bertrand, que acompaña a Napoleón.

⁴ *Mariscal*: Oficial de muy alto grado, con funciones semejantes hoy día a las que puede tener un teniente general.

—¿Y cómo está el emperador? —le preguntó Morrel vivamente interesado—. Habéis hecho bien, amigo Dantés, en deteneros a cumplir la última orden del capitán... Pero, tened en cuenta que si llega a saberse que habéis entregado una carta al mariscal y visto al emperador os veréis comprometido...

—En realidad, yo no sé qué contenía aquella carta —dijo antes de marcharse porque había visto acercarse al buque a los de Sanidad y a los de la Aduana para inspeccionarlo.

—¡Vaya! —dijo Danglars con rencor—. Parece que Dantés se ha justificado bien...Y, a propósito del capitán, ¿no os ha entregado Dantés una carta suya para vos? Me enteré por casualidad. Pasé por delante de su camarote en el momento en que se la daba. De todos modos no le digáis nada... Puede que yo me haya equivocado.

—¿Qué? ¿Ya estáis libre? —preguntó el armador al joven marino que ya volvía.

—Sí, señor. Ya está todo en orden.

—En ese caso, podéis venir a comer con nosotros.

—Os agradezco mucho el honor que me hacéis invitándome, pero preferiría dedicar la primera visita a mi padre y luego ir a ver a mi novia.

—¡Ah! —sonrió, comprensivo, el armador—. Había olvidado que en el barrio de los Catalanes os espera la hermosa Mercedes... Debéis sentir os feliz. Id, id, amigo Dantés, pero... ¿no tenéis nada más que decirme? ¿No os entregó el capitán una carta para mí?

—No, señor. Pero quería deciros algo... Quisiera que me concedierais algunos días para casarme y para ir a París.

—Podéis hacer lo que deseáis. El buque partirá dentro de tres meses. Pero no os demoréis demasiado, pues el *Faraón* no podría hacerse a la mar sin su capitán.

—¡Capitán! —exclamó Dantés, brillándole los ojos de alegría—. Ved lo que decís, señor, porque ser capitán del *Faraón* es el sueño dorado de mi vida.

—Bien, bien; ahora id a verlos a los dos y luego venid a verme a mí. Me quedaré un momento a hablar con Danglars. A propósito, ¿os gusta como compañero?

—Como compañero, no, señor. Ahora bien: Danglars, como encargado de vuestros negocios, es perfecto y supongo que vos mismo podréis comprobarlo.

—Bien —terminó diciendo Morrel—: veo que sois un buen muchacho.

Edmundo se despidió del armador y, cuando este se volvió, descubrió que tras él se hallaba Danglars, cuyos ojos habían estado fijos también en Edmundo, pero con una expresión sombría e innoble.